

El cuentahílos

15 de Marzo de 2010

Delibes: ser, estar y vestir

El primer escritor de verdad, al que conocí personalmente y traté durante unos años, fue Miguel Delibes. Leo estos días todo lo que se escribe sobre él y no puedo por menos de retroceder a aquellos tiempos, yo tendría unos diecisiete años, en los que Miguel venía a ver a mi padre a su casa de campo de Milagros, no muy lejana de su pueblo de veraneo, su querido Sedano, o en los que se citaban en la finca cercana a Aranda de Duero, La Ventosilla, para que Miguel diese rienda a su pasión de cazador de perdiz roja, gracias a la hospitalidad de Joaquín Velasco.

Vela, pintor llegado de un largo exilio, encontró en Miguel, que en aquel entonces ya era un autor de culto y dirigía un periódico tan prestigioso como El Norte de Castilla, un amigo, un protector, un interlocutor de primera magnitud; alguien que en aquellos tiempos duros tuvo el coraje y la generosidad de defender a un republicano. Tenían mucho en común, como su gusto por el arte, los perros y el campo, ¡y tantas diferencias de carácter! El escritor era, ¡cuánto me cuesta este verbo en pasado definitivo!, un hombre sereno, ecuánime, muy independiente, pero dulce y con un sentido del humor zumbón, aunque nunca explosivo. El pintor, en cambio, siempre fué apasionado, "feroce" a la italiana, impaciente y un poco sobreactuado; pero se querían y respetaban, y se daban buenos consejos.

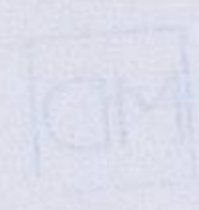
Ambos, que pasaban la mayor parte de su tiempo en el campo, se vestían de una manera insólita para aquellos años en los que los hombres en España, o iban de cortijeros, o

Delibes: ser, estar y vestir

El primer escritor de verdad, al que conocí personalmente y traté durante unos años, fue Miguel Delibes. Leo estos días todo lo que se escribe sobre él y no puedo por menos de retroceder a aquellos tiempos. Yo todavía unos diecisiete años en los que Miguel venía a ver a mi padre a su casa de campo de Millares, no muy lejos de su quehacer de verano, su querido Sotano, o en los que se citaban en la finca cercana a Aranda de Duero. La Verónica, pues que Miguel diese rienda a su pasión de cazador de perdiz roja, gracias a la hospitalidad de Joaquín Velasco.

Y el primer legado de un largo viaje, encuentro en Miguel, que existía, no pocas ya en un viaje de estudios, un período tan prestigioso como el Norte de Castilla, un amigo, un profesor, un investigador de primera magnitud, alguien que en aquellos tiempos buscaba el cuerpo y la generosidad de atender a un discípulo. Estaban mucho en común, como su gusto por el arte, los viajes y el campo, tantas diferencias de carácter. El escritor era, cuando me cuestiona este verbo en pasado de finísimo, un hombre sereno, escrutador, muy independiente, pero dadas y con un sentido del humor zumbón, aunque nunca explosivo. El primer cambio, siempre las cosas, a veces, a la italiana, impactante y sin poco sobresaltado, pero se querían y respetaban y se daban buenas consejos.

Ambos, que nacían la mayor parte de su tiempo en el campo, se vestían de una manera sencilla para aquellos años en los que los hombres en España tenían de costumbre



lucían como chupatintas grisáceos. Esto se notaba y llamaba especialmente la atención en un escritor, y lo recordaba Rafael Sánchez Ferlosio en un artículo el otro día. Todos se arrimaban a Miguel, formidablemente atractivo, y que no tenía pinta de ensimismado literato, sino de aristocrático campesino; no sólo era alto, espigado y guapo, una especie de Gary Cooper castellano, sino que su manera de presentarse, elegantemente sport, y sin afectaciones británicas, le confería un aire distraído, nada burgués, ni encorsetado. Su elegancia estaba en consonancia con los colores de la tierra rojiza, los verdes hondos de los bosques, el azul cegador y luminoso de los plateados cielos de Valladolid. Sus cazadoras de ante color miel pálido empatizaban con el dorado trigo de los campos sin segar.

De Delibes , además, y no es secundario, hemos aprendido a comprometernos con la Naturaleza, su cuidado y disfrute. Con él hemos descubierto a una edad en la que las lecciones son perdurables, a respetar al prójimo, pero a no humillar la cabeza; a no tener pretensiones , pero a tener aspiraciones legítimas en el uso de nuestra lengua. Su estilo literario único, y su humanidad eran tan naturales que se notaban también hasta en una simple gorra visera elegida sin muchas pamplinas, o en un chaquetón para los fríos amaneceres.

Todo en Miguel estaba en consonancia y era necesario, y así resuena su voz, su silencio y su verdad en mi memoria de adolescente. Hasta hoy mismo. Y mañana cuando vuelva a leerle. Adios, querido, sabio y viejo sabueso. María Vela Zanetti



luchan como chuparintas grisesas. Esto se notaba y llamaba especialmente la atención en un escritor, y lo recordaba Rafael Sánchez Ferlosio en un artículo el otro día. Todos se arremolinaban a Miguel, formidablemente atractivo, y que no tenía pinta de enzimizado licterio, sino de aristocrático campesino; no sólo era alto, esguizado y guapo, una especie de Gary Cooper castellano, sino que se movía de una manera elegante y sin afectaciones británicas, le confería un aire distinguido, nada burgués, ni enroscado. Su elegancia estaba en consonancia con los colores de la tierra roja, los verdes hondos de los bosques, el azul cegador y luminoso de los plateados cielos de Valladolid. Sus caraxotas de ante color miel pálido empapizaban con el dorado trigo de los campos sin segar.

De Delibes, además, y no es sorprendente, hemos aprendido a comportarnos con la Naturaleza, su cuidado y disfrute. Con el menos descuido a una edad en la que las acciones son perturbables, a respetar al prójimo, pero a no humillar la cabeza; a no tener pretensiones, pero a tener aspiraciones legítimas en el uso de nuestra lengua. Su estilo literario único, y su humanidad, eran tan naturales que se notaban también hasta en una simple gema visera elegida sin muchas pompas, o en un chuparón para los niños amanecidos.

Todo en Miguel estaba en armonía y era necesario, y así resonaba su voz, su silencio y su verdad en mi memoria de adolescente. Hasta hoy mismo. Y mañana cuando vuelva a leerle. Adios querido, sabio y viejo sabueso. María Vela Xancori

